



CÓMO SE CENA EN EL MAR

Figuraos un pueblecito pequeño, de calles tortuosas y angostas, unas casitas de aspecto pobre, que sirven de albergue á marineros y pescadores, y entre ellas alguna que otra casa de un solo piso, pero con cierto tinte de aristocracia, que es la residencia del don Ramón, del don Juan ó del don Francisco, que cuando era Ramonciño, Xaniño ó Farruco se fué á América á hacer fortuna, y hoy, repleto de achaques y de centenes, vuelve á la tierra que lo vió nacer á descansar de las fatigas pasadas, á hacer gala de ese *don* tan justamente ganado, á fuerza de domar potros, ó de cortar caña de azúcar, y á morir-se entre los suyos, realizadas ya todas las ilusiones de la vida.

Hay un extenso arenal en donde botes, lanchones y traineras ocupan sus posiciones, enterradas sus quillas en la arena, y de tre-

cho en trecho, unos tinglados hechos con pontones y cañas, en donde se secan al sol los pulpos, las rayas y los abadejos.

La iglesia parroquial alza su campanario en medio de la mole negruzca formada por las casas, y en los prados y las heredades cercanas se extienden, para secarse, las redes y demás aparejos propios de la pesca.

También hay una fuente pública con una inscripción, en gruesos caracteres, en la que se hace constar que un D. Ramón, un don Juan ó un D. Francisco, la ha hecho construir el año de tal, y mes de tantos, para beneficio de su querido pueblo, y cercano á ella, y recogiendo sus aguas, un lavadero también público, donación del mismo señor, en el cual las mujeres de la villa, á la vez que se insultan ó que cuchichean, ejercen las funciones propias de su clase, lavando las ropas de sus respectivas familias.

Las gentes son buenas y sencillas, arriesgadas en las faenas del mar, y sumamente supersticiosas, á pesar de que la superstición no es necesario ir á buscarla á los pueblecitos de la costa, pues en toda la región gallega campa á sus anchas, y á medida que la civilización va en aumento, y que el progreso descubre nuevos horizontes, también

las preocupaciones supersticiosas arraigan más profundamente.

No hay más que internarse en nuestras aldeas y recorrer los pueblos de nuestra región para convencerse de ello.

En todas las casas se guardan cuidadosamente hierbajos y aguas milagrosas destinados á combatir el poderoso influjo de las *meigas*. El *torbisco* es, en una casa de labriegos, tan necesario como la sal. Con él se curan todos los *males de ollo*; y no son estos males ciertamente los que atacan á la vista, como parece desprenderse de su denominación, sino aquellos que una mala *fada* proporciona con una vengativa mirada. Desdichada la vieja que vive sola y rebasa los sesenta abriles: esa es, necesariamente, la causa de cuantas desgracias ocurran en la parroquia lugar de su residencia, y no es la primera vez que una infeliz de éstas muere asesinada por el que se considera víctima de sus siniestras maquinaciones.

La flor de romero tiene también grandes aplicaciones. Con esta aromática flor se combate, entre otras dolencias, el *aire d'o sapo*. Este aire es, por lo visto, de los peores que pueden soplar; pues, según dicen personas peritas en la materia, produce tales efectos

que hace caer los dedos de la persona soplada por el sapo. He aquí el medio de combatir el mal: Se prepara un poco de fuego, se ponen unas flores de romero en él, se hace pasar por las manos el humo que producen, y, ante el *fumazo*, los dedos deciden no caerse, y el sapo se fastidia y queda en ridículo.

Estas flores de romero, mezcladas á partes iguales, y según arte, con miel, forman el medicamento indicado para combatir la *catarreira*.

Para curar el *mal de fuegos* no hay nada tan á propósito como un rosario de *polas de vieteiro*, colgado del pescuezo del paciente, y proceder después á la formación, en medio del vientre del mismo, de un círculo con un amasijo formado con pólvora y aceite.

En lo que respecta á los animales irracionales también tenemos bastante de que hacer mención. Cuando una vaca se pone triste y no quiere comer, es indispensable extraerle cinco pelos de la cola y ponerlos á remojo veinticuatro horas, en leche del mismo animal. Por supuesto, que la mezcla ha de quedar al sereno en una noche de luna. Con lo cual tenemos que deducir: ó que la vaca no tiene derecho á ponerse triste y á no comer no estando de leche, ó se fastidia irre-

misiblemente si no lo está, ó si no hay luna la noche de la operación.

Un cerdo que sale á la vía pública por primera vez, debe ser totalmente untado de ajo, para prevenirlo contra toda clase de enfermedades, y, como medida preventiva también, la noche de San Silvestre deben ser espuntadas las colas de todo animal de pelo ó cerda, operación que debe comenzarse á las doce en punto de la noche, que es el momento en que las brujas salen de las casas por las chimeneas y dirigen sus pasos á El Ferrrol, lugar y hora escogidos por estas señoras, en nuestro país, para reunirse y celebrar la festividad del último día del año.

Se haría interminable reseñar todas las enfermedades y todos los medios de combatir las y prevenirlas de que se valen nuestros paisanos.

Sin embargo, hay dos, de las cuales es necesario ocuparse con algún detenimiento. «*A bendición d'o cobriño*» y «*A levantadura d'a paletilla*».

Cuando á un ciudadano le da un calambre, que es el *cobriño* en cuestión, hay que bendecirle. Comparece el *bendicidor*, armado de una hoz, y su primera labor es la busca y captura de una de esas *bichas* que no

me atrevo á nombrar por causa de no echar *mal de ollo* á los supersticiosos de la ciudad. Ya en posesión del animalito se procede á decapitarlo en presencia del sujeto atacado del calambre, empleando la hoz para el sacrificio, y una vez consumado éste, se forma una cruz con el arma ensangrentada, sobre el sitio dolorido, y el *cobriño* desaparece.

Afortunadamente, en muchas ocasiones, cuando se presenta el operador con la misteriosa sustancia, ya el paciente no se acuerda siquiera de que ha tenido tal calambre.

La *paletilla*, finalmente, es cosa que se cae con bastante frecuencia, y rara es la familia que no cuenta con tres ó cuatro casos de *despaletillados*.

Hay dos maneras de levantarla: una, que pudiéramos llamar de viva fuerza, y que consiste en cubrir de agua de mar el cuerpo del enfermo, tenerlo así hasta que empieza á asfixiarse y suspenderlo luego por las piernas, haciéndole tocar la cabeza con el suelo, hasta que *solta á salsa* (que suele salir acompañada de los hígados), y otra, el que la levanta por medio de la persuasión, y que puede ser transmitido á largas distancias entre operador y operado.

Yo quise ser poseedor del secreto. A ello dirigí mis esfuerzos, sin que mis continuadas tentativas hayan dado resultado alguno. Los curanderos y embaucadores mantuviéronse siempre en el más profundo de los misterios, causa por la cual fuí, poco á poco, resignándome á no ser poseedor jamás de los procedimientos necesarios y de las misteriosas palabras que es preciso emplear para levantar la *paletilla* por medio de la persuasión. Pero un día una peseta enseñada con oportunidad, y donada generosamente á un avaro *manciñeiro*, fué la causa de que yo conociese lo que hacía tantos años ansiaba conocer.

El procedimiento se reduce á lo siguiente: Desnudo el paciente, se coloca en una cama, boca abajo. Bendícelo el curandero, y con ademán convencido y aire enfático, le larga de buenas á primeras la siguiente composición:

«*Paletilla, espenilla, asaduras de Fulano de Tal* (aquí el nombre del despaletilado), *viren y reviren com'o cura n'o altar, é volvan a-oseu lugar.*»

«Con el poder de Dios y la *Virgen María*, rezando un *Padre nuestro* y una *Ave María.*»

Con lo dicho creo que es suficiente para

que os forméis una idea aproximada de cómo andamos de cultura por estas latitudes.

Pues volviendo á mi relato, interrumpido por todas estas *meiguerías*, debo deciros que yo fuí en cierto día al pueblecito de mi narración. El coche, que así debemos llamarle á un cajón mal claveteado con unas ruedas cuyos rayos, de puro flojos, fingen á las mil maravillas el sonido de unas castañuelas, bajaba lentamente la cuesta, en cuyo término está enclavada la villa. Desde lo alto se divisa el mar hasta confundirse con el horizonte, y en la playa extensa, hombres y mujeres maniobran con los aparejos, ordenan remos y *toletes* y lo disponen todo para hacerse al mar.

Ante este espectáculo, para mí casi desconocido, va mi *cajón-móvil* descendiendo, y, por fin, fondea en una plazoleta de casitas negruzcas, y en cuyas puertas aparecen colgados grandes haces de hierbas aromáticas, guardadoras de una porción de virtudes por el mero hecho de haber permanecido en remojo á la intemperie la noche de San Juan.

Varios marineros viejos de sotabarba blanca y enormes zuecos detiénense ante mi *tren* y nos miran con indiferencia. Con más atención husmean algunas mujeres de cara atre-

vida y mal oculta bajo un pañuelo de colorines, y cuyas faldas rojas son lo suficientemente cortas para dejar ver unas piernas coloradas y rollizas que, en honor á la verdad, no tienen nada de sugestionadoras ni de bien torneadas; y una turba de chiquillos, tantos, que, á distribuirlos equitativamente, tal vez correspondiesen diez ó doce á cada convecino mayor de edad, también nos miran con recelo, ó nos comentan entre sí, ó nos insultan desde lejos, ó nos tiran tal ó cual piedra, ó tal ó cual terrón á guisa de bienvenida.

Mi amigo me espera en la plazoleta con una cara de placidez reveladora del mal tercio que le hace mi visita. Este amigo mío es la persona más saliente de la villa, y para él son de vez en cuando algunas miradas furtivas de la concurrencia, preñadas de respeto y veneración. Me ha dicho un día que deseaba verme por su pueblo, que tendría un gran honor en que yo le hiciese una visita, que... me esperaba.

Y yo, ni tardo ni perezoso, aproveché la primera ocasión y allá me fuí.

¿Por qué le hace mal tercio mi visita? Es muy sencillo. En un pueblo grande, un forastero se divierte él solo. Las calles, los

escaparates, los jardines, los monumentos, los teatros. En un pueblo pequeño, el bienestar de un forastero depende de la voluntad de aquel que ha de obsequiarle, y como no hay calles, ni plazas, ni paseos, ni escaparates, tiene el amigo que obsequia que consagrarse en cuerpo y alma al amigo que ha de ser obsequiado. Por eso mi amigo me ha recibido en la plazuela con aquella cara de placidez.

.....

Llevo un día en el pueblo y ya estoy aclimatado.

Ya conozco al *Parrocho*, á *Lambeespiñas*, al *Alacrán*, al *Escupido*, á *Pionono* y á *Ollopodre*. Ya celebré entrevistas con la *Olluda*, con *Carmela del Pancho*, con la *Dotora* y con *Rita del sargento*. Ya recorrí diez veces el pueblo, admirando otras diez veces el lavadero y la fuente pública. Ya estuve en la playa haciendo consideraciones hondas acerca de la candidez del *patexo*, que por su propio pie y sin estimulante de ninguna clase se viene á la orilla del mar para que lo pesquen y lo lleven luego á servir de abono á las heredades cercanas. Ya hice las tres visitas de cumplido con camisa almidonada, corbata y

sombrero hongo, además de la del señor cura párroco, con el cual conferencié sobre los tiempos actuales, los planes del Gobierno y la cuestión religiosa en España, inter-nándonos bastante en el Concordato. Y ya jugué siete horas seguidas una interesante partida de tresillo, á céntimo doble, en el *Casino de Caballeros*, con el juez municipal, el cabo de Carabineros y el coadjutor.

La tarde comenzaba á decrecer; el sol, cuyos rayos habían sido insoportables durante el día, se había achicado, y dispuesto á chapuzarse en el agua por allá, por la línea del horizonte, no nos molestaba ya. El *Parrocho* dispuso sus embarcaciones con especial cuidado, porque había tenido el honor de invitarme á la expedición de pesca, y yo esperaba en la playa el momento de embarcarme y de hacerme al mar.

Por fin salimos. Ocho fornidos hombres manejaban los remos de nuestra embarcación. En la proa, Mauregato, un chiquillo de unos catorce años, se recostaba, imprimiendo á su semblante un aire de indiferencia, y en la popa, el *Parrocho* al timón y yo muellemente sentado en una almohada que debía venir al derecho de cumplir su misión decoradora de alguna cama, si hemos de

juzgar por la envoltura blanca en que se hallaba sumida.

Es el *Parrocho* un hombre cuasi negro, de tez curtida por el viento del mar. Encuadra su cara en una sotabarba gris, y como complemento de aquélla, una cachimba humeante se incrusta en el hueco de dos dientes que un día ya lejano faltaron á la lista por un capricho nada raro de la diosa ancianidad.

No bien salimos, dejó oír la campana de la iglesia el toque de oraciones. Entonces el patrón dió una orden. Los remos cesaron de bogar, interrumpiéronse cuchicheos saturados de interjecciones malsonantes, acaso alguna blasfemia se paralizó también. Púsose en pie Mauregato y con él todos los de la tripulación. Nos descubrimos, y el *Parrocho* guió un *Ave María*, que contestamos todos henchidos de respeto. Cesó la campana, volvieron las gorras á las cabezas y los hombres á sus puestos y la barca caminó de nuevo mar afuera. Tras de hora y media ó dos horas de remar, paramos al fin y tendimos las redes. Y aquí empiezan los cuentos y los chascarrillos y las anécdotas, y aquí, si yo fuese poeta, tendría campo sobrado para decirle cosas á la luna, porque salió aquella noche por el oriente (lugar que tiene esta se-

ñora escogido para sus salidas), límpida y dispuesta á dar su acostumbrado paseo por el firmamento, sin que la más tenue nube se opusiese á su camino.

Pero, en vez de darme á la poesía, opté por desenvolver un paquete que llevaba dispuesto al efecto y, arrojando por la borda papeles y cubiertas de paja, exponer á la consideración de aquella gente cuatro botellas de ron de la Negrita, por cuyo solo hecho fui agraciado con la más estrepitosa de las ovaciones. Y bebimos y brindamos. El *Parrocho* brindó por mí y brindé por el *Parrocho*. Toda la tripulación me deseó luengos años de vida, y yo deseé también luengos años de vida á toda la tripulación.

La hora de cenar iba aproximándose. En la proa, Mauregato aviva el fuego sobre el cual se ha colocado un gran recipiente repleto de agua del mar. Los remos descansan á la borda de nuestra barca, y algunos de aquellos marineros, sin interrumpir su charla, cada vez más amena, van poniendo en otro caldero las patatas que mondan y cortan con extraordinaria habilidad.

Cuando el agua hierve se le incorporan las patatas, escrupulosamente limpias, y la red, ya repleta, nos ofrece una extraordinaria va-

riedad de peces, de los cuales se toman los necesarios para nuestro *compango*, y una vez limpios y destripados, pasan á barajarse con las patatas, que á tales horas hierven á borbotones.

El *Parrocho* presencia impasible la manio-
bra, mondando una buena cantidad de ajos y depositándolos en una gran taza de ma-
dera. Terminada esta operación, abre una
puertecita, colocada debajo de su asiento, y
de allí saca un cartucho de papel amarillo
y un enorme botellón. El cartucho lo vacia
entero en la taza de los ajos, y del botellón
deja salir el aceite suficiente para repletarla,
y mezclados aceite, ajos y pimentón, y una
vez cocidas patatas y pescados, se escurre
por la borda el agua de la cocción, reserván-
dose exclusivamente la necesaria para for-
mar una salsa abundante y añadiendo el con-
tenido de la taza. Un ligero movimiento im-
preso al recipiente remata la faena.

Momentos después, la olla es colocada en
uno de los asientos transversales de la em-
barcación. Alrededor de ella nos sentamos
todos, unos en el suelo, otros en la borda,
otros en los bancos contiguos. Allí no hay
manteles, ni servilletas, ni tenedores, ni fuen-
tes, ni nada. Cada uno de los comensales tie-

ne por todo servicio un pedazo de pan que le sirve de plato y un cuchillo que hace las veces de todo lo demás. Los cuchillos penetran en el recipiente y extraen de él la tajada que cada cual cree más apetitosa, y que, colocada sobre la rebanada de pan, va siendo ingerida paulatinamente y en un mutismo absoluto. Tan sólo hay una excepción, y esa excepción soy yo. Sírveme de plato la tapa de la olla, distinción que se me hace por el hecho de ser señorito, invitado y forastero.

Y no os podéis figurar lo que es el plato en cuestión comido en circunstancias tales. Yo no tengo inconveniente en declarar que es una de las mejores cosas que comí en mi vida.

Unas cuantas libaciones de vino dieron por terminado el acto, y la gente, repuestas sus fuerzas, comenzó la ruda tarea de levar las redes.

Repleta nuestra barca de peces de todas clases, hicimos rumbo hacia el puerto, y tras otra hora y media de remar briosamente, atracamos á la rampa ó desembarcadero, en donde multitud de mujeres, provistas de cestas vacías, nos recibieron en medio de gritos y aclamaciones.

Subí silenciosamente la cuestecita que conducía á la casa de mi amigo y, abriendo la puerta con la mayor cautela posible, dirigí-me á la habitación que se me había destinado, me acosté y me dormí, acariciado por los primeros rayos del alba.

Diez horas después, en el mismo coche que me había traído, subía la cuesta, y desde lo alto dediqué mi último recuerdo al mar, á la luna, á la *caldeirada*, á los fornidos marineros, á las mujeres aclamantes y á la suerte de que mi amigo estaba poseído en aquellos momentos por verse libre de la molesta carga. Y el birlocho siguió andando hacia mi aldea solitaria.

Yo soy un ciudadano pacífico que no me meto con nadie, pero que tengo mis rarezas y mis antojos como cada hijo de vecino.

Aquel año, por ejemplo, me dió por tener animales, y cuando emprendí mi viaje de investigación pesquera era poseedor de los siguientes bichos: una vaca, una burra, tres caballos, una gallina con pollos, varias sin pollos, varios pollos sin gallina, una gallina anidada en huevos de pata, un perro llamado *León*, tres gatos, que respondían á los nombres de *Mari-Pepa*, *Pilatos* y *Catalina*; un gramófono y *Rodríguez*, el loro.

Todos llevaban una vida apacible y tranquila; unos con su maíz, los otros con sus miguitas de borona, algunas con frescas empajadas de hierba verde, otros con buenas tarteras de caldo, huesos y mendrugos de pan, alguien con su patata «esmagada» y su obligatoria y cotidiana sopa de chocolate. En fin, todos vivían felices y sin ninguna clase de contratiempos.

Pero como muchas veces no sabe uno en dónde la tiene, la fatalidad meció sus alas sobre aquel conjunto de inocentes animales, y al regreso de mi excursión me encontré con que aquello era un verdadero campo de Agramante.

Rodríguez, después de comerse, íntegra, la arista de una puerta, se fué de casa. Este no me dió cuidado. Ya volvería á nada que se hiciese cargo, pues en otras ocasiones se marchó lo mismo y volvió convencido de que este no es país en que los loros anden sueltos, sometiéndose de nuevo y arrepentido á la patria potestad; la gallina clueca, mal aconsejada, sin duda, tomó el acuerdo de sorberse los trece huevos, haciendo desaparecer del nido á los trece futuros hijos de sus entrañas, ó, mejor dicho, de las entrañas de la pata. La mala madre fué condena-

da á reclusión temporal debajo de un cesto, para hacerla recobrar de nuevo su estado de merecer. *Mari-Pepa* y sus gatunos compañeros se dedicaron al *sport* de comerse los pollitos pequeños, excitando así los nervios de la desolada gallina, que se defendía á picotazo limpio, y, finalmente, *León*, jefe de policía de mis dominios é insustituible vigía de los contornos de esta casa, tomando indignado la defensa de los polluelos, acordó merendarse á los tres gatos.

Aquí podría hacerse algo como aquello del *Quijote*. *Dábale Rodríguez á la puerta, la puerta al perro, el perro al gato, el gato al pollo, la gallina al gato, etc., etc.*

¡La eterna lucha por la existencia!

